

las sospechas de mis guardias y tenerlos en la mayor seguridad sobre mí, fingí sucumbir á tantos y tan dilatados sufrimientos, y por el ruido que hacia en mi cuarto y las extravagancias de que los hacia testigos, llegué á persuadirles que realmente habia perdido el juicio: tantos esfuerzos sin embargo no me hubieran sido de ninguna utilidad, si la casualidad no me hubiese favorecido mejor que yo podia esperar. Una tempestad horrorosa de tal manera habia estropeado el edificio, que habian tenido precision de llamar obreros para repararle y apuntalarle. Solo el ruido que hacian me habia enterado de todo esto, y esperaba, si podia llegar á ponerme sobre el

tejado, que las andamiadas me servirian para bajar: no tenia otra salida que la de la chimenea; estaba cerrada por dos barras de hierro que no permitian á un hombre franquearla, y mis fuerzas no eran suficientes á romperlas. Habiendo perdido mis tijeras, y no teniendo otro instrumento que un clavo viejo y los clavillos de mis hebillas, con este débil socorro empuñé el pensamiento de destruir los ladrillos que sostenian las barras, y al fin lo logré aunque con mucho trabajo.

Era necesaria la mas profunda oscuridad para escapar sin el riesgo de ser visto. Yo elegí una noche de las mas sombrías; y la casualidad me favoreció tanto, que el

tiempo cargado de espesas nubes, no permitia distinguir los objetos á la mas corta distancia: inundado por torrentes de lluvia y atontecido por el horroroso silvido de los vientos, me lancé por el cañon de la chimenea hasta salir al tejado, me dejé resbalar con precaucion agarrándome bien para poder resistir al furor de los vientos hasta llegar á ver mis pies puestos con seguridad sobre un andamio; pero la oscuridad me impedía ver el sitio por donde podria bajar: un relámpago de los mas fuertes vino á mi socorro y alumbró bastante tiempo para poder distinguir un pie derecho que bajaba hasta el jardin, y graduar la altura que tenia que descender;

corrí al momento á este lado, y casi al mismo tiempo me vi en el suelo lleno de alegría: ya no me faltaba mas que una tapia que saltar, y esto lo logré fácilmente.

Pero me quedaba aun mucho que hacer: mis guardias no podian menos de advertir pronto mi fuga, y era preciso estar lejos de aquella maldita tierra cuando fuese de dia. Miré al rededor de mí para resolver por qué lado dirigiria yo mis pasos: deseaba visitar la cabaña de Hanson, y un movimiento involuntario me llevaba á este lado; pero reflexionando bien pronto que esta desgraciada familia habia cesado ya hacia mucho tiempo de cuidarla, y que esto seria esponerme al peli-

gro de ser preso otra vez , desistí de este pensamiento y tomé el camino enteramente contrario.

Estuve marchando muchas horas sin parar á paso precipitado con toda la presteza que podian permitírmelo mi larga prision y el peso enorme de mis vestidos empapados de agua. Un zarzal , el menor ruido me atemorizaba y alarmaba : me creia en el peligro de ser detenido por mis perseguidores.

Continuaba siempre lloviendo, y duraba aun la lluvia cuando empezaba ya anunciarse el dia : yo temia á todos los hombres , y no me atrevia á presentarme de dia en campo raso , ni me parecia ofrecerme un asilo seguro ninguna ca-

sa. Un monte rodeado por un rio y lleno de rocas y de precipicios, me pareció el parage mas á propósito para sustraerme á las miradas de todos y para estar seguro hasta la entrada de la noche : allí busqué un abrigo , y despues de haber cogido algunas frutas silvestres que hallé en abundancia , me senté en medio de una espesura de cambrones y zarzas , para reparar con este alimento agreste mis débiles fuerzas : yo no he experimentado jamas en toda mi vida satisfaccion mas dulce que en este instante ; gozaba el bien de la libertad , cuyo valor aun no habia yo jamas conocido ; podia ya estender mis miembros casi helados por el frio de la noche y por la hume-

dad. «Ahora, tirano cruel, esclame yo, estoi libre de tu poder; he triunfado de tu maldad.» Apenas pensaba en mi Elisa por considerar la consternacion que se apoderaria de mis guardias cuando supiesen mi fuga.

El cielo se habia despejado; ya el sol brillaba sobre mi cabeza, y me habia aprovechado de sus beneficios para secar mi vestido: no me atrevia á salir del escondidijo interin el tiempo no estuviese bastante sombrío para ponerme en camino sin riesgo de ser descubierto: mi madre tenia un hermano que residia á cuatro millas de allí: siempre habia existido entre mi padre y él la antipatia mas terrible que se puede imaginar, y su

casa me pareció por este motivo el asilo mas seguro que yo podia escoger.

Apenas habia andado algunos pasos en el monte para hallar una salida, cuando oí las voces de dos hombres que hablaban á poca distancia. «Sí, él es, decia uno de ellos, yo le he visto entrar aquí, y he acechado todo el dia para ver si salia: yo respondo de él con mi cabeza, y nuestras son ya las cien guineas.» Se acercaban ya á mí, y me subí al momento á la copa de un árbol, por cuyo pie pasaron sin descubrirme; pero como les oí toda la noche por el monte en todas direcciones, no me atreví á salir de mi sitio, y permanecí quieto aun en aquella elevacion: volvie-

ron á pasar á cierta distancia que me permitia oir su conversacion.

«Es el mismo diablo, decia uno; y si le hallamos es preciso tomar mil precauciones para acercarnos.»

— ¿Quién duda eso? respondió su compañero. Todo el pais sabe lo que hace; y á pesar de las cien guineas prometidas de recompensa, pocos hombres se atreverán á cogerle.» Su conversacion fue mui larga, y toda se redujo á referir mis grandes hazañas con la exageracion que todas las cosas se cuentan: me atribuian acciones que eran prodigiosas, y todo se dirigia á decir que mi nombre habia infundido ya el terror en el pais. Al momento recuperé nuevo valor, y

aprovechándome del momento en que estos hombres se habian alejado para volver á reconocer el monte, bajé suavemente del árbol, me armé de un palo grueso, y salí felizmente de aquel sitio: ya empezaba á amanecer cuando puse mis pies en el camino real. El desórden de mis vestidos no podia menos de descubrirme habiéndose enviado mis señas á toda aquella comarca; por consecuencia creí debia arrojarme á todo, y vender cara mi libertad si alguno se atrevia á atentar á ella, justificando mi determinacion, para asegurar mi felicidad, la opinion que se tenia ya de mi persona. Marchaba á paso redoblado con mi fuerte palo, tan pronto sobre el

hombro , tan pronto remando con él en la mano : me habia armado de un mirar feroz , y viendo en efecto muchos paisanos que se retiraban del camino cuando me veian á cierta distancia , se aumentó mas aun mi atrevimiento.

Llegué á un pueblecito del tránsito , y animado de mis primeros sucesos , me resolví á entrar : me presenté en el patio de la casa de postas , donde vi una silla dispuesta á partir : todo el mundo , con el terror pintado en sus ojos , se habia alejado de mí ; me metí en la silla , mandé acercar al postillon , y con un tono de voz imperioso le di orden de conducirme á Helton-hall , pueblo de la residencia de mi tio.

Habiéndole hablado al oido el maestro de postas , sospeché que le mandaba conducirme á casa de mi padre ; y no me habia engañado , porque al momento tomó el camino : yo le dejé salir del pueblo , y despues de afirmarme de que nadie nos seguia , le grité para que se detuviese , si no queria que yo hiciese pedazos á él , al carruage y á los caballos. El pobre hombre , todo temblando , no me respondió ; y atravesando tierras tomó la direccion que yo le mandaba , y me condujo en fin á Helton-hall.

Era de noche cuando llegué á la casa de mi tio : el portero abrió la puerta ; pero al momento que me vió , la cerró , jurando que no dejaria entrar en la casa á un loco

que podia asesinarlos á todos. «Ya veis, dije al postillon, que me es imposible pagaros en el momento; pero volved mañana y sereis satisfecho.» El buen hombre, mui satisfecho de verse á tan poca costa libre de las garras de un loco, volvió á montar y desapareció al momento.

Yo estaba singularmente admirado de este recibimiento de mi tío, y no podia atribuirlo sino al crédito que daba sin duda al ruido esparcido sobre mi supuesta demencia. Me senté sobre los escalones de la puerta, persuadido de que no tardarian en venir á ver lo que habia sido de mí. Cinco minutos despues su hijo Eduardo, que venia de caza, se presentó: se

estremeció al verme, y no sabia si seguir ó volverse atras. Yo le tendí mi mano, diciéndole: supongo, mi querido amigo, que vos no dareis crédito á las fábulas inventadas por los mas execrables motivos: yo deseo hablar á mi tío: lo que tengo que decirle os vencerá á los dos de que gozo de toda mi razon, á pesar de lo mucho que han hecho para hacérmela perder.

Me miró un momento, y no viendo en mí ninguna señal de demencia, me condujo al cuarto de su padre: el buen viejo tuvo dificultad en creerme, hasta que me oyó razonar sin alteracion ni señal alguna de las que tiene un demente: todo cuanto le referí esta-

ba bien lejos de la idea que se habia formado de un padre, y era bien contrario á lo que él podia esperar de la reputacion de generosidad que Teodorico habia usurpado; pero la historia de los Simpsons, de la que oia hablar por la primera vez, le persuadió de la verdad de mi narracion, y me valió su confianza y su seguro apoyo.

Apenas me habia visto desembarazado de mis temores, cuando mi pensamiento se ocupó esclusivamente de Elisa y de su interesante familia. No sabia como informarme de su suerte, y no pensaba ya sino en los medios de obtener la anuencia del padre y la mano de la que tanto adoraba.

Aun tenia que tomar muchas

precauciones; pues no debia esperarme á caer otra vez bajo el yugo tiránico de mi padre; y por consecuencia, propuse á mi tio que me comprase mis tierras, y enviase conmigo para reconocerlas á su hijo, su mayordomo y dos criados. Esta propiedad habia pertenecido á sus padres, y se vanagloriaba de verla otra vez en poder de su familia: al momento se hizo el convenio, y algunos dias despues marchamos todos bien armados por el temor de alguna nueva tentativa sobre mi libertad.

Llegamos al pueblo casi al anochecer: el fondista me felicitó sobre el restablecimiento de mi salud; y despues de comer, acompañado de mi primo, me aventu-

ré á dar un paseo hasta la casa de Mr. Hanson. No me es posible expresaros el dolor que yo experimenté apenas llegué. En vez de una bonita casa , de un jardin bien plantado, bien cultivado , no hallé mas que ruinas y un terreno triste y árido , en cuyo través se habian formado muchos senderos. Este espectáculo me arrancó un suspiro de lo mas profundo de mi corazon; y echando mi rostro contra aquella tierra , exclamé impelido del dolor : «¡Oh, venganza, venganza! ¡hé aquí lo que tú puedes! ¡tu mano ha cargado todo su peso sobre la cabeza de la inocencia! ¡Elisa , Elisa!!! ¡dónde estás?»

Eduardo derramó sus lágrimas

conmigo: yo le habia hecho confianza de mis secretos, y aunque no aprobaba mi eleccion, porque pensaba como otros muchos hombres, que semejantes amores no debian ser considerados sino como una diversion pasagera, no podia menos de indignarse de la barbarie con que se habia obrado con Elisa, y de considerar como justa la oposicion que yo habia hecho á un tratamiento tan tiránico.

Yo habia esperado descubrir en este parage algunas señales de los desgraciados por quienes mi corazon suspiraba hacia ya mucho tiempo. No me quedaba ningun punto de apoyo, y volví á la posada entregado al mas vehemente dolor: traté de ver si podia adquirir al-

guna noticia de nuestro patron; pero todo lo que pudo decirnos, era que la familia de Hanson habia desaparecido sin saber cómo: que sus muebles habian sido vendidos para pagar una deuda, y que su hijo habia sido sacado del colegio y enviado como limosnero á bordo de un navío de guerra, destinado á permanecer cinco años en crucero por los mares de la India.

Me acordé que en el pueblo habia una vieja codiciosa por saber siempre todo lo que pasaba en el pais: nada se escapaba á su curiosidad, y confiaba en que podria darme algunas noticias útiles: al dia siguiente fui á verla, y apenas podia referirse al testimonio de sus ojos sobre mi restablecimien-

to; y cuando la pregunté si sabia alguna noticia de la familia Hanson, removi6 la cabeza mirándome.

«Yo os adivino, me dijo, Teodoro; pero nosotros, pobres infelices, no podemos decirlo todo. Hai alguna cosa sobre eso, y por mi parte no creo hayais deshonrado á la pobre Elisa como se dice.

— ¿Quién lo dice? exclamé yo. ¿Quién puede injuriar tan atrocemente á una virtud sin mancha?

— Yo no sé, me respondió ella; pero se ha dicho, aunque yo siempre he sostenido que no creia nada, que Mr. Cyphon no era como la mayor parte de nuestros jóvenes de alta gerarquía, que creen

honrar á una pobre muchacha quitándola su reputacion. — No, no, he dicho yo, tiene sentimientos mas honrados, y todo eso es una calumnia.

— Dejemos eso, buena muger, la interrumpí yo, y decidme si sabeis algo; porque temo haber sido la causa de grandes desgracias, y quisiera hacerlas desaparecer.

— Conozco vuestros motivos, repuso ella sonriéndose; el amor siempre se encamina á alguna cosa, y yo sé que un jóven como vos no pasa tanto tiempo en compañía de las niñas, solo por el placer de la conversacion; pero como he dicho antes, nosotros no podemos dejar conocer todo lo que pensamos, y nunca diré yo á todo el mundo lo que sé.

— Oh, yo os suplico! exclamé, no me tengais mas tiempo suspenso: prometo recompensaros mas allá de vuestras esperanzas por las noticias que me deis.

— Y bien, replicó ella bajando la voz: se dice con mucho sigilo que vuestro padre ha arruinado al pobre Hanson y perdido su reputacion; que este desgraciado ha marchado desnudo á Liverpool, y que su muger y sus hijas ganan allí su vida cosiendo y lavando; pero sobre todo no digais que yo os he dado esta noticia, porque me veria bien pronto privada de esta miserable choza, que al presente es mi única propiedad.»

Todo lo demas que yo puedo deciros es, que esta muger sabia

(50)

esto de un criado de mi tío, que habia llevado á esta familia una carta de parte de su amo, quien se lo habia confiado todo bajo el mas riguroso secreto. Si yo hubiese seguido mi primer movimiento, hubiera partido en aquel mismo instante para Liverpool; pero no podia arriesgarme á emprender solo este viage. Conocia demasiado la influencia que podia tener una recompensa de cien guineas, y de qué invenciones infernales mi padre y mi tío eran culpables.

=====

CAPITULO IX.

Al dia siguiente fuí con Eduardo á mis posesiones; y estando de acuerdo con él sobre todos nuestros planes, no quise dilatar mas mi partida para Liverpool. El camino me pareció muy largo; pero entretuve el fastidio, ocupándome del placer que iba á experimentar al ver una familia que yo miraba como á la mia, y que me hallaba en estado de arrancar al infortunio. Formé el proyecto de establecerme con ella en los desiertos del pais de Galles, y de respirar